

Crítica: Crimen con vista al mar

“ Román Pedraza es un expresidiario que viaja a un hotel de la costa caribe, con el fin de resolver una deuda pendiente que un viejo compañero le guarda desde hace tiempo. Para presionarlo, decide alojarse allí indefinidamente, sin pensar en las nefastas consecuencias que esto le acarreará.

”

La secuencia inicial del filme señala que el detective español José Cabrales (Carmelo Gómez) arriba a un hotel a investigar la desaparición de Maite Salgado (Silma López), no hay secretos, no hay murmullos ni titubeos, desde los primeros minutos es posible saber quién es la víctima que guiará la historia. En un necesario flashback que permitiera a los espectadores conocer las causas de la visita de Cabrales al lugar, se esclarecen los hechos, dos bellas mujeres españolas se hospedan en un hotel de la costa caribe colombiana, donde no sólo pretenden tomar un descanso y disfrutar del mar, sino buscar una aventura que las lleve a un éxtasis casi inalcanzable, un placer indebido que sólo un hombre sería capaz de complacer. Será Román Pedraza (Luis Fernando Hoyos) quien caiga en las redes de la belleza extranjera, que siempre ha de cautivar dondequiera que sea. Pedraza es un expresidiario que, tras 6 años en la cárcel y facturas pendientes con su cómplice en crimen, el director del hotel (Jorge Enrique Abello), decide hospedarse en el lugar hasta que cumpla con su parte del trato, la cual, predeciblemente, tiene que ver con grandes cantidades de dinero, dinero por el cual se desatará el caos.

La película desenvuelve a sus personajes de una manera inusual, ya que si bien podemos ver la lógica de la posición de cada uno, nuestras emociones hacia ellos a menudo están en desacuerdo. Es el caso de Juan C (Juan Pablo Barragán), el botones del hotel que roba el dinero de Román Pedraza, muchos pensarían en ajusticiarlo, pero en lo que avanza cada fotograma, a la audiencia sólo se le ocurre pensar en Juan como un sujeto inocente, actuando por amor, pero con suspicacia. José Cabrales permite dar cuenta de que la inflexible aplicación de las letras de la ley no es tan fuerte como el espíritu de la ley, él es un hombre justo, de mente abierta, con un amor profundo por su labor, pero aún apuntando con su arma invisible a los culpables de la desaparición de su compatriota, permite que sean víctimas de su propio destino. Por supuesto, lo susodicho no se expresa abiertamente en la película, es quizá una trampa que el director Gerardo Herrero ha puesto allí para quien quiera caer en ella.

Curiosamente, el verdadero misterio de la película no es la obviedad del crimen de Román Pedraza, ni su submundo de alienación, soledad, infortunio e ira, sino en cómo su irresponsable y absurdo error recae sobre otros turistas del hotel,

aquellos que siempre vimos emocionalmente inestables pero de los que nunca imaginamos nada extraordinario, me refiero puntualmente a Celia Fuentes (Ana Bolena Meza), quien logró hacer del resentimiento un estandarte.

Es imprescindible destacar la labor actoral de Carmelo Gómez, quien anteriormente ya había trabajado con Gerardo Herrero (Territorio comanche), pues bajo la lupa de los sentidos de cualquiera que los tenga exactos, lo que Gómez logró no fue una actuación sino una encarnación, la pantalla no proyectaba a alguien leyendo e interpretando un libreto sino a un detective siendo filmado mientras cumplía con su deber. Esto puede ser debido a que el detective Cabrales fue tan despreciable (para los culpables), y encarnó las cualidades de un hombre que ha subsumido en una sola figura el deber, la justicia y la humanidad, con el toque de humor que todo hombre con sus talentos debe tener. Es quizá porque respondemos con tanta fuerza a su personaje que apenas vemos la actuación de Carmelo Gómez, y esa es la magia de la buena actuación.

La secuencia final no es el típico juego literal y dramático al que nos han acostumbrado, es un encuentro de emociones y sentimientos, de todos los que se acumularon desde que vimos a José Cabrales bajar de un taxi y preguntar desesperadamente por el director del hotel pues había una desaparición que investigar, el filme finaliza para algunos en redención, para otros... habrá que descubrirlo, algunos quieren ser perdonados, otros no, pero lo que es seguro, es que nadie pretende ser el héroe. El español Gerardo Herrero y todo su equipo de producción lograron en una pieza audiovisual lo que no se ha logrado en Colombia en años, y probablemente el filme será recordado por el público colombiano como un pedazo de telenovela que sucumbe en lo de siempre; armas, fracaso, muerte, y "todo por culpa del maldito dinero", pero Crimen Con Vista Al Mar lejos está de recaer en lo de siempre, y si su final fuese la sandez maleducada a la que las películas colombianas están acostumbradas, nadie hubiese podido guiarnos hasta allí con tanta delicadeza y madurez como Herrero lo hizo, pero para fortuna de la audiencia, el final es la muestra del comienzo de mejores producciones nacionales, dignas de ser aplaudidas.